

PRÓLOGO El pensamiento sobre un país, lo que de él percibimos, analizamos, interpretamos y soñamos, se expresa de muchas maneras: en palabras dichas, en palabras escritas, en dibujos, gestos y danzas. Entre gente que lee y escribe casi siempre la atención se centra en lo que se ha escrito, cosa comprensible porque constituye lo más fácil de transmitir de una u otra generación y de someter a la disección analítica de especialistas en cualquier rama del saber. Sin embargo, por fortuna, más y más personas están conscientes de que no puede soslayarse lo expresado con los labios, lo dibujado, lo gesticulado o lo expresado con los movimientos de la danza, porque estos elementos constitutivos de toda cultura también contienen los significados compartidos que le imparten sentido a lo que pensamos, decimos, soñamos y hacemos. Y una cultura no es sino eso: un complejo conjunto de significados compartidos, gracias a los cuales es posible lo maravilloso de lo social humano —que las personas interactuemos, nos unamos para trabajar, para divertirnos en grupo, o que hagamos causa común para cualquier otro propósito.

Así que la expresión «suma del pensar» intenta abarcar —por lo menos, eso fue el desiderátum— un vastísimo universo de percepciones, razones y emociones que la sociedad venezolana ha despertado en mucha gente. Es bueno advertirlo desde ahora: en estas páginas es evidente que lo pensado sobre el país, cuando se lo ha analizado para comprenderlo o para proponer soluciones a sus problemas, en muchos momentos es inseparable de cómo el país ha sido sentido. Cosa nada sorprendente que debe ser recordada siempre.

Al comienzo, los aborígenes y sus petroglifos El contacto entre individuo y realidad —la del medio natural o

la simple presencia de otros individuos— suele originar en la persona sensaciones, imágenes o pensamientos. La prueba material más antigua de esto, entre nosotros, pudiera ser ubicada en los *petroglifos* de, quizá, hace cinco mil años. Persiste aún hoy sobre superficies rocosas en las riberas de los grandes ríos, en el paso entre montañas, cerca de las lagunas. Debíó tener un sentido de información geográfica, estratégica, religiosa, económica, estética, lúdica. Y de aventura formal, mental.

Los petroglifos, sin ser letra o escritura, contienen en sus imágenes el testimonio de un mundo —zoológico, vegetal, astronómico, geográfico, humano— y condensan el lenguaje de la comunidad que los produjo. Independientemente de las migraciones, de los cambios geológicos ocurridos desde la época en que fueron inscritos, en ellos está el reflejo del ámbito que nosotros recibiríamos después; y que sugiere cómo, con ellos, nos alcanzan energías espirituales que todavía nos pertenecen.

En aquellas formas con que los habitantes autóctonos ilustraron lajas, farallones, cerros y, posiblemente, superficies hoy ocultas por los ríos y el mar, se ha creído ver referencias a la utilización de las cosas, a los animales comestibles, a horarios del día, ciclos de la luna y el sol, a expresiones infantiles, a maneras de percibir las partes no visibles del cuerpo, a inclinación por la abstracción, a la intuición del «doble». Un registro completo de la cotidianidad.

Las imágenes y los signos fijados en los petroglifos equivalen a palabras, a frases del habla cotidiana o ceremonial de las etnias. Traducen comunicaciones, temas, significados comunes a esas agrupaciones sociales. Tan claros fueron para la comunidad que los recibía como para quien los emitió. Si aún hoy podemos vacilar al tratar de expresar con nuestro vocabulario alguna idea, alguna emoción, el hacedor de los surcos en la piedra también estaba obligado a ser preciso. Así fue hasta el punto en que, en algunas piezas, alguien volvió a horadar, para acentuar o corregir, o para rescatar. Pero las palabras de aquellos habitantes —como tal vez lo demuestran esas figuras— no sólo eran importantes para la comprensión mutua, sino también para advertir las fronteras de lo inefable. «Si la palabra tenía virtud sagrada, también su imagen, y también la piedra, el ladrillo, el metal, la corteza o el papiro en que estaba fijada», aduce Rosenblat en su estudio *Sentido mágico de la palabra* (1977).

Las «sociedades indias pre-clasistas» en el noroeste del país, según Mario Sanoja, expresan también estéticamente aquel proceso de apropiación y dominio del medio natural, de su objeto de trabajo a través de las fuerzas que en la conciencia del individuo mueven al organismo viviente que reúne plantas, animales y fenómenos como las lluvias, las sequías, los eclipses. La vida natural está movida principalmente por la serpiente, dispensadora del agua y la fertilidad, de la frescura y la vida en las tierras secas de cardones y cujíes. Para el maíz, la certeza de la lluvia, de la llegada de las torrenceras a través de las rocas quebradas quemadas por el paisaje era vital y esencial también para que hubiese el pan y la vida doméstica. Así la alfarería tocuyana, a través del uso de la policromía y las representaciones tridimensionales de la serpiente que rodea al mundo social, manifiesta como los barrancoides la angustia por convivir y controlar la esencia mágica de los fenómenos naturales.

Al contrario, en el siglo xv de nuestra era, según Sanoja, Quíbor, Falcón, Trujillo mostrarán la estructura circular y concéntrica de los espacios decorados, diseños estereotipados, que «reflejan la jerarquización espacial del cacicazgo y señorío», indicándole al hombre común: «así está organizada la vida, un centro y una periferia, unos que dominan y otros que obedecen; cada expresión tiene espacio en el territorio y debe ser conocido como dicen los símbolos».

La palabra, aire corporal, aire del alma, no sólo definió la condición humana y por lo tanto los efectos externos del pensamiento, la emotividad, lo sensible, sino que, tácita o secretamente, ha conducido y representado esa condición. La ejecución y el empleo de un objeto cerámico nadan en un mar lingüístico; ese objeto es una metáfora táctil. Dentro de él y a su alrededor, la vida de la comunidad establece su naturaleza, su interés, su significación. En él se prolongan los gestos colectivos, el lenguaje circundante.

Idéntica importancia que una pieza de cerámica poseen aquellos vocablos que, reunidos por la colectividad, complementan su uso: celebraciones, guerras, amores, despedidas; lo que la pieza realiza con su presencia transcurre también en las voces de los habitantes. Un grito de alarma, exclamaciones de alegría, placer, dolor, temores ante la naturaleza y la muerte: tales son las sílabas silenciosas que decoran una vasija, un arma, un collar: también ése es el eco que transmite el aire del alma, la voz, para lamentarse, cantar o mostrar perplejidad.

No tuvieron escritura aquellos remotos antepasados de waraos, wayúus, pemones, timoto-cuicas, tamanacos, makiritares, etc.; pero ellos transmitieron a éstos sus invocaciones, sus versículos y cantos: el sentido de sus palabras, tal vez sus palabras mismas. Algunas de ellas se repiten hoy en los extremos del país, tal como debe haber ocurrido hace quinientos, mil, mil quinientos años. Tejidos cosmológicos (Ama-livaca, Napiruli, por ejemplo), himnos de guerra, oraciones por la paz o la salud (*tarén*), cánticos de pasión: un mundo verbal que aún resuena en el vocabulario y en el espíritu de nuestros indígenas. Huella psíquica del pasado que se convertiría en futuro. Y que es, como los restos de sus petroglifos y de su fina cerámica, expresión, poesía cósmica o íntima.

Con los españoles llegó la palabra escrita Petroglifos, cerámica, palabras: en su múltiple materialidad (rocas, pigmentos, aire, piedra, mano, observación) va a producirse la ambigua y contundente acción de lo secreto: el pensamiento actuante, actuando. En lo que iba a ser (en lo que es) Venezuela tal amalgama podría constituir la más remota, apenas imaginable, plataforma que acogería a estos otros *factores* de nuestra personalidad colectiva.

Así como no sabemos cuál es el origen de muchas palabras del castellano, tampoco conocemos el de los vocablos indígenas. Su uso, su reiteración a lo largo de los siglos han establecido su continuidad. Sonidos, vínculos, costumbres forman una cadena casi inalterable, aunque posea variaciones en el tiempo.

Del mismo modo como una palabra responde por su duradera conexión con la realidad, el engranaje de ella en frases, cantos, narraciones, constituye una especie de escritura abstracta o en el aire, que se transmite casi de manera idéntica a través de los años.

Cuando estudiosos desconocidos glosan textos latinos en el monasterio de San Millán y en el de Silos (glosas emilianenses y glosas silenses) y escriben esas palabras en el español utilizado entre los años 950 y 1000 de nuestra era, sin duda habían sido pronunciadas desde mucho antes —y tal vez escritas también. El español venía formándose desde tiempo atrás, pero sólo hemos llegado a conocer lo que se escribió para entonces. Bien pudiera haber habido refranes, consejos, versículos o versos anteriores al *Cantar de mio Cid* y a Berceo, que pertenecieron a aquella escritura aérea, vocal, y que no serían fijados en el texto sino a partir, precisamente, de ellos.

Si hoy observamos que Venezuela sigue siendo un país esencialmente oral (música, tradiciones, humor, política), ¿no es esto la más sencilla demostración de que también así fuimos —y en un grado mayor— antes de la llegada de los españoles en 1498? En la red de las lenguas indígenas vivían y reposaban las convenciones familiares, sociales, rituales, sagradas, eróticas y estéticas de nuestros pueblos.

Los cronistas posteriores a Colón (sacerdotes y guerreros) escucharon esas creaciones de manera directa. Algunos de ellos hicieron anotaciones, matizándolas con sus propias creencias religiosas. Otros se limitaron a usar sus palabras y a incluir una que otra en los documentos oficiales.

Ha llegado el nuevo idioma y si los españoles y tantos indios se comunican ahora de manera más fluida, ¿cuánto tardan los de aquí en aprender las letras, en unirlas, en expresarse con ellas? Muchos de los viajeros tampoco sabían leer; seguramente fue tarea de frailes —como ocurrió con el aprendizaje de la música extranjera— la tarea de enseñar a los nuestros esos rudimentos gramaticales.

El choque lingüístico, sin embargo, es mutuo: señala Rosenblat cómo Fernández de Oviedo aplica palabras viejas a elementos que los españoles nunca habían visto: *Indias, piña, león, tigre, pavo, raposas, zorrillas, lobos, ciervos, gamos, corzos, dantas, vacas, conejos, ciruelos, nogales, manzanillos, higueras, nísperos*; mientras que desde Colón hasta Bernal Díaz del Castillo «se abren paso nuevas voces, que vienen a poner nuevos tonos en la vieja prosa: *canoa, cacique, maíz, batata, caribe o caníbal, cacao o chocolate, hamaca, tomate, jícara, papa, colibrí, tiburón, huracán*».

Pero la llegada del nuevo lenguaje, sobre todo a partir de su más misteriosa condición, la de ser escrito, va a ejercer sin duda un poderoso freno o alejamiento a la

diversa, zonal, ya de por sí aislada, condición de los lenguajes autóctonos. No nos detendremos aquí en las graves consecuencias de este hecho, pero los siglos inmediatos son la mejor prueba de cómo las tribus redujeron o guardaron de manera muy arcaica el esplendor de sus vocablos.

Tal vez hacia 1550, el idioma español, mientras unifica el poder de la metrópoli sobre las tierras, se convierte asimismo, casi de manera general, en nuestro lenguaje. Cronistas, viajeros de aquel entonces han descrito y guardado costumbres y tradiciones de las tribus que conocieron; también algunos de sus versos. Pero ya a partir de 1600 las lenguas indígenas debieron ser una práctica recóndita, tanto para la nueva sociedad del país como, lamentablemente, para todas aquellas comunidades indígenas que estaban en contacto con los españoles.

La realidad había dado un giro sorprendente y absoluto. Para alguien nacido en la zona andina, en Caracas o en el litoral zuliano, casi era natural que los lenguajes indígenas fuesen extraños. Su idioma era el español. Sólo los focos más remotos o aquellos más cohesionados que habían permanecido fieles a sus tradiciones o incardinados a ambas lenguas, se expresarían conservando su oralidad ancestral —como tal vez ocurre todavía.

En el siglo xx —a pesar de las modernas vías de comunicación, de la radio y la televisión— ya los lenguajes autóctonos fueron extranjeros para la vasta población venezolana. Habían pasado a ser, por obra de algunos dedicados y brillantes lingüistas, desde mediados del siglo xix, un noble objeto de comparación, de estudio, de curiosidad.

Por todo eso, entre nosotros algo de la antropología universitaria, del estudio del folklore y de la justicia social, ha retomado el interés que los sacerdotes cristianos despertaron a comienzos de 1900 para darles hoy a las diversas etnias y a sus lenguajes y cantos un rango gramatical y estético.

Nada tiene de extraño, entonces, que si bien los orígenes de nuestra literatura se hunden en poderosas raíces expresivas anteriores a la llegada de Colón; y que si bien el castellano guarda algunos reflejos de esa alta poesía, con este idioma, a partir de 1500, también comenzara a ser fijada la inclinación creadora de soldados, frailes, viajeros, indígenas, que se expresaban en él.

El español era nuevo entre nosotros, y total. Sin embargo, cuanto iba a mostrar era el mismo mundo reflejado, comprendido, representado en las tradiciones milenarias de los habitantes locales. El primer gran esfuerzo del idioma castellano, como veíamos antes, es arropar bajo viejas palabras la realidad nueva y aceptar que en él

se filtren las designaciones que sólo tienen correspondencias aquí. En la síntesis, como ocurre todavía, lo esencialmente nuestro pasa a la red del idioma extraño y lo doméstica.

El español, sonido extranjero, se ha hecho propio. Al impregnarse de nuestros seres, animales, tesoros, vegetales y naturaleza en general nos pertenece por completo. En tal dinámica, no hay instintos, necesidades, emoción, sentimiento, pasión cuya hondura le sea ajena.

Cuando, a partir de 1498, frailes, soldados y viajeros escriban en español acerca de nosotros y nuestra realidad, el objeto aludido nos pertenece: somos su esencia. Esa escritura aparentemente foránea también es nuestra, nuestro otredad, nuestra unidad.

Si eso ocurría con las lenguas milenarias y autóctonas, si esto vibra en la avasallante presencia del castellano, ¿no se repite también con las lenguas de los otros aventureros, viajeros, cronistas y poetas que llegan hasta aquí? Bajo el deseo de la riqueza súbita, tras la obsesión del brillante retorno a las cortes europeas, ¿no salta el riesgo de lo desconocido, el llamado de la gloria y el amor, la entrega a la muerte? Wayúu, kariña, pemón, sí; español, sí; pero también inglés, francés, holandés, italiano, alemán recogen con igual intensidad, desborde imaginativo y arte de la prosa o la poesía, el esplendor y el misterio de nuestra realidad venezolana.

Con los negros se enriqueció la cultura Pero una sustancia más, tan esencial como la rocosa urdimbre de los petroglifos, como el volátil sonido del lenguaje español, va a circular (circula hoy) en la trama de nuestro sentir, de nuestro pensar.

Llega a partir de 1500, procedente de Cabo Verde, Guinea, Angola, Benguela, Senegal, Dahomey, Sierra Leona, Gambia, Lagos. Desde la Edad Media los portugueses habían traficado con esclavos de la costa occidental africana («la Costa de los Esclavos», según Juan Liscano); en 1445 el Papa autorizó al rey de Portugal para venderlos en Europa. El descubrimiento de Colón abre un nuevo mercado, que capitalizarán no sólo los portugueses sino también ingleses, holandeses y franceses. Como es sabido, Bartolomé de Las Casas al intentar proteger a los indígenas sugiere la importación de esclavos negros.

La cacería, el engaño, la prisión, el choque psicológico, el traslado, el hambre, las enfermedades, el hacinamiento, la melancolía, la venta, la pérdida de patria y lenguaje, la adaptación, la rebeldía, la muerte: poco podemos imaginar del cerco que acompañará a los prisioneros desde que son atrapados, durante la travesía y la expe-

riencia de la llegada. Era y sigue siendo el terrible dolor del desarraigo, proyectado en un tiempo casi infinito, jamás imaginable por quienes no lo han padecido.

Los venezolanos que han estudiado el tema, aun dentro del rigor histórico, no pueden evitar el estremecimiento que originan cifras y sufrimientos. Acosta Saignes, Brito Figueroa, Juan Liscano, Pollak-Eltz y otros nos permiten seguirlos dentro de esa panorámica.

Hacia el año 1500 llegan a España los primeros contingentes, poco más tarde son traídos a América. En Venezuela los Welser van a realizar plantaciones en Falcón y tienen licencia para 4.000 esclavos. En 1550 las Minas de Buría cuentan con ellos. Entre 1570 y 1590 se otorgó licencia para importar 6.000. Simón de Bolívar recibe licencia para traer 3.000 negros de Guinea que vendería en Caracas. De acuerdo con la ley, 30% tenían que ser mujeres. Después de 1700 se intensifica la trata de esclavos; y ése será el siglo de su más alta expresión. Para Brito Figueroa (*Ensayo de historia social venezolana*, 1960) las licencias otorgadas alcanzaron la cifra de 50.842, pero todo indica que en verdad 100.000 negros llegaron a Venezuela durante toda la época colonial.

Asienta Pollak-Eltz (*Vestigios africanos en la cultura del pueblo venezolano*):

El número relativamente pequeño de esclavos traídos a Venezuela, que se encontraron trabajando lado a lado con indígenas, las relaciones estrechas entre las dos razas y la escasez de mujeres entre los africanos causó un rápido proceso de mestizaje, notorio en el campo moderno. Los hijos de mujeres indígenas y padres negros eran libres, mientras que los hijos de mujeres africanas eran siempre esclavos.

Revela Acosta Saignes:

En la Colonia todo, en último término, dependía de los esclavos. Sobre sus hombros recayó el mantenimiento de aquella sociedad: fueron pescadores de perlas, descubridores de minas, pescadores, agricultores, ganaderos, fundadores de pueblos, buscadores del Dorado, fundidores, trabajadores especializados en los trapiches y las minas, herreros, toreros, cantores, domésticos, músicos, barberos, pulperos, verdugos, pregoneros, soldados, juglares. Toda la sociedad colonial descansó en Venezuela sobre las espaldas poderosas de los africanos y sus descendientes; sobre su valor y su extraordinaria resistencia; también sobre su inteligencia y su entereza; sobre su capacidad inagotable de esperanza y sobre su indoblegable espíritu de rebeldía (*Elementos indígenas y africanos en la formación de la cultura venezolana*, 1955).

Y temprano los negros forjan su propia lucha por la libertad. El Negro Miguel encabeza —como lo registran poetas y cronistas desde el siglo XVII— la primera suble-

vación en la Mina de Buría, Yaracuy, a comienzos de la centuria. Al parecer una bruja con grandes poderes psíquicos conduce la rebelión de Margarita, en 1603. La revuelta del zambo Andresote ocurre en 1732. La del Negro Guillermo en el valle del Tuy (1771-1774), la de «Cocofrío» en 1770. En 1795 la de Leonardo Chirino y José Caridad González.

Gual y España reclaman la liberación de los esclavos en 1797; Simón Bolívar la decreta en 1814, sin resultados prácticos. En 1854 J. G. Monagas la oficializa.

La esclavitud anula muchos rasgos característicos de las tribus africanas traídas a América y a Venezuela, en lo cual también resultan determinantes la mezcla de razas y la aculturación. Dichas tribus pueden guardar relación con aquéllas, reconocibles hoy, como Canga, Mandele, Mandinga, Soso, Agachí, Barila, Mosanga, Mbemba, Kulu, Carabalí, Yoruba, Mina, Lucumí, etc. Lenguas, religiones diferentes, fraternidades esotéricas también diferencian a sus integrantes, como los mandingas musulmanes, de grado cultural más desarrollado que muchos blancos de Brasil, por lo cual eran rechazados allí.

Hacia 1970 Pollak-Eltz calcula que, aunque el porcentaje de negros en nuestra población no exceda el 10%, «por lo menos el 60% de la población venezolana tiene sangre africana». Y dice con énfasis: «En Venezuela no hay discriminación racial ni separación de razas. Hasta en las clases altas se notan rasgos físicos negroides». Palabras que debemos contrastar con lo expuesto por Ligia Montañez y por J. Herrera, en *Discurso y racismo en Venezuela: un país «café con leche»* (2007):

a pesar de que hoy aparentemente existe una toma de conciencia sobre lo indeseable que fue el abuso y la injusticia en contra de los indígenas y los afroamericanos, la discriminación racial todavía subsiste al menos de tres maneras: en forma de discriminación velada y directa; en la negación del racismo y en el endorracismo o racismo contra sí mismo.

Dicho texto también recoge la expresión de *racismo vergonzante* expuesta por Briceño León, la cual alude a «la expresión de una sociedad donde hay prejuicios raciales que no logran traducirse en conductas abiertamente racistas de las personas». El conjunto del estudio, realizado por diversos especialistas (Adriana Bolívar, Miguel Bolívar Chollett, Luisana Bisbe, Roberto Briceño León, Jun Ishibashi, Nora Kaplan, Esteban Emilio Mosonyi, Ronni Velásquez), abarca la realidad pasada y actual del negro, el indio, el chino y otras psiques. Y allí se concluye que «en Venezuela el racismo es una estructura latente que tiene manifestaciones concretas en la palabra y en la violencia física».

Como es sabido, la música de nuestros negros, en la que actualmente se utilizan el cuatro, las maracas y cualquier otro instrumento internacional, es cantada por solistas y coros y tiene como elemento imprescindible la utilización del tambor: el redondo (pujao, cruzao, corrido), el mina y la curbeta, los cumacos, los chimbagueles. Se puede utilizar también el carangano, la charrasca o el güiro, el quitiplás, el furruco.

Las ocasiones ceremoniales son múltiples (fiestas, santos, muertes).

Con respecto al alma hay varias creencias —dice Pollak—, algunos barloventes afirmaron que existen tres almas distintas. El alma propia va directamente al cielo, cuando la persona se muere. Existe la sombra, que desaparece o se convierte en ánima o espíritu errante y el ángel de la guarda, que puede luego reencarnarse en un niño.

En su libro de 1950 *Folklore y cultura*, Juan Liscano conviene en que el folklore, la investigación del saber popular, nos enfrenta con las más antiguas verdades, con las más hondas revelaciones. Nos pone en comunicación con un acervo de sabiduría del cual tenemos mucho que aprender, para vivificar y concientizar nuestro sentido de la cultura.

Contacto que nos permite «asistir a un momento de nuestra historia en que el folklore se identifica plenamente con la cultura».

Y en su estudio sobre san Juan Bautista, el poeta e investigador concluye que «los rasgos culturales africanos más evidentes son bantúes, con islotes de supervivencias dahomeyanas y de la Costa de Oro». Sigue Liscano la huella del santo y sus metamorfosis en nuestras tradiciones, pero concede que

el tiempo implacable ha ido dispersando en el espacio esas palabras de conjuro o de alabanza. Ya hoy, en Venezuela, los negros olvidaron sus dialectos originales. Pero la cantería popular de los toques de tambor conserva algunas palabras, algunas frases significativas. Juan Pablo Sojo, prematuramente fallecido, en quien revivía el espíritu lo mejor de su pueblo negro, compañero único en estas investigaciones, anduvo tras el rastro de esas palabras, de esas frases, como en búsqueda de un tesoro.

Podemos, sin embargo, sumergirnos en los signos de ese tesoro a través de elementos orales y musicales que tanto en actividades públicas como en remembranzas familiares evocan todo un mundo. El mismo Liscano había dicho:

Esa desafricanización de los negros venezolanos extinguió cualquier organización religiosa coherente pero en otros aspectos como la brujería, los cuentos orales de Tío Tigre y Tío Conejo, las recetas culinarias o medicinales, el vocabulario y, en particular,

los bailes de tambor celebrados cuando la de San Juan o la fiesta de San Benito, en diciembre, persistieron rasgos negro-africanos muy definidos.

Folklore, tradición, narraciones y cantos: un aura recóndita se conserva en «algunas palabras, algunas frases significativas» que a lo largo de quinientos años llegan hasta nosotros. Y en ellas, el eco del alma negra ríe, sufre, imagina, ofrece claves del mundo para quienes la guardan o para quienes la reciben. Sólo que esas palabras no fueron escritas en ningún idioma, excepto en la vasija auditiva de los ritmos, las ceremonias íntimas y locales o públicas y mimetizadas, como todavía pueden ocurrir.

Asombrados ante la naturaleza, los conquistadores, los cronistas y sacerdotes se apresuraron, desde comienzos del siglo XVI, a registrar su diversidad, su posible riqueza, en un esfuerzo por sentir que también psíquicamente dominaban la complejidad del entorno. No les bastaba con el avasallamiento físico: tenían que quedarse aquí y dar al rey el testimonio de grandes novedades económicas. Parte de ese entorno fueron los indígenas, cuyo destino trágico todos conocemos. Los escribas no sólo retrataron los tesoros naturales, el medio, el cuerpo de hombres y mujeres autóctonos, sino que también —con lealtad o desfigurándolos— fijaron la imagen de sus costumbres, alimentos, ritos, cantos y ceremonias festivas. El indio era parte del asombro que estaba aquí. Otra suerte corrieron los esclavos negros, traídos desde África y Europa. En cierto modo perverso, eran parte de la expedición que llegaba y ya el significado de su presencia estaba codificado para los invasores. Al parecer, nadie atendió, por escrito, a sus lenguas, las invocaciones a sus dioses, sus ritos y cantos. No eran dignos de interés excepto como fuerza de trabajo físico, pero no merecían ninguna atención como portadores de cultura. Aun así, nos marcaron a todos, hicieron sentir su presencia en el resto de nuestra historia.

En las palabras, la realidad y las posibilidades El siglo XVI crea la visión que se tendrá de nosotros expuesta por ojos extranjeros. Tanto Cristóbal y Hernando Colón como Américo Vespucci, Juan de Castellanos, Girolamo Benzoni, Galeotto Cei, Bartolomé de Las Casas, Gonzalo Fernández de Oviedo, Walter Raleigh y muchos otros contribuirán a ello con sus documentos, crónicas, fantasías, memorias y poemas.

Entre 1600 y 1800 sacerdotes y cronistas también ofrecerán, capa tras capa, sus intentos de objetividad, redención y maravillas. Entre ellos, Pedro Aguado, Pedro Simón, Matías Ruiz Blanco, Jacinto de Carvajal. Proceso que parece culminar hacia la tercera década del siglo XVIII con José de Oviedo y Baños, con los documentos de la Compañía Guipuzcoana y el libro de José Gumilla.

Cada uno de los elementos aludidos hasta aquí parece confluír o levantarse desde el trazo fijado sobre el más opuesto, y sin embargo equivalente, cuerpo sígnico que podemos colocar frente a un petroglifo: el mapa con la palabra *Veneçuela* que Juan de la Cosa, cartógrafo de Alonso de Ojeda, dibuja en 1500. Entre la huella inmemorial en la piedra y la feble línea de unos contornos, serán atrapadas las palabras y la realidad de una gobernación o provincia de Venezuela para los siglos XVI y XVII, la posterior capitanía de Venezuela y la confederación de Venezuela que nace en 1810.

Esa estructura política y social que se levanta con la llegada de Colón y que será transformada con la rebelión independentista ha sido muy bien estudiada por la historia nacional. No corresponde a estas líneas abarcarla. Pero sí pasa a ocupar el centro de las páginas convocadas en esta obra, tal como lo sugiere su título, la manera como fue establecida por el azar de las búsquedas de riqueza y poder, por el deseo de convertirla en creación religiosa y redentora; así como la forma en que su población («somos un pequeño género humano» definiría Bolívar en 1815) hace suyos preceptos éticos del viejo mundo, leyes, concepciones filosóficas y estéticas, conocimiento científico, diversiones, deportes, visiones de la realidad y el espíritu. Desde el siglo XIX traemos aquellas resonancias humanas que nos precedieron, damos voz a las sombras para convertirlas en sentido lumínico. Somos ese nuevo matiz humano que absorbe el múltiple pasado y somos la transformación de éste. Tras la condición emotiva e intelectual del «pequeño género» vibra la energía del individuo y de la arrolladora cercanía de los grupos: lo que obliga a ser distinto y a ser, no obstante, el mismo. Porque de la confluencia entre ambas potencialidades —o de su choque— crece la transfiguración de lo íntimo y lo público, de lo remoto y lo presente, hasta desembocar en un proceso complejo, único, que bien podemos llamar Venezuela: la Venezuela posible como un don de la tierra, aquella que palpita en dibujos sobre rocas, en palabras de Castilla, en ritmos de África, en imágenes de las cumbres andinas, del mar Caribe, de las llanuras galácticas de los tepuyes, del Orinoco.

En las páginas que siguen resuena la música y se encienden las imágenes plásticas, pero estamos, quizá por primera vez en nuestra existencia como país, ante una suma escrita de la realidad venezolana. La palabra elegida, para intuir, percibir, vivir, comprender, analizar, para generalizar factores de lo que hemos sido y seremos, viene a constituir un signo que pretende hurgar y retar al tiempo, asomarse a sus concreciones, enigmas y elusiones: tal vez la única manera de convertir ese tiempo en materia del país, en sustancia visible que revela nuestros hechos, nuestras ideas, nuestras posibilidades. La más simple y errátil manera de asomarnos a ese raro proceso de transfiguración ya aludido: al vértigo de cuanto los siglos anudaron, al lento aparecer de los grupos y sus

destinos, al sentido ético y estético del bien y el mal entre nosotros; en síntesis, a ese aparentemente intocable proceso de cómo se materializa cada momento de nuestro ser, en lo íntimo y en lo social.

A fines del siglo XIX quería el crítico Luis López Méndez sentir a Venezuela como un *mosaico*; pero tal vez él como tantos otros, antes y después, se asomaba a una percepción *caleidoscópica*. Esta obra, por su espesor, su volumen, su imantada conjunción de visiones, quizá se acerque a la comprensión virtual de los medios electrónicos actuales.

Y por lo mismo cabe interrogarla: ¿cuáles son las coordenadas más notables que arroja? ¿Dónde hemos tenido cumbres y valles conceptuales? ¿Se anulan, se solapan, se superponen? En otro lugar hemos aludido a la interrupción de nuestro original magma indígena por la llegada de los españoles en 1498; y cómo la corriente negra también deriva de una trágica interrupción, lo cual, paradójicamente, no omite que del mismo modo, aunque quizá con menos drama, el conquistador español siente quebrarse su pasado por la llegada al nuevo continente. Lengua, tradiciones, religión, vínculos familiares quedan inconclusos. La sociedad que se establece desde entonces también va a ser sustituida por la guerra de 1810: se repite el fenómeno de la orfandad y el recomienzo. ¿Será que padecemos de una fatal tendencia al recomienzo, a lo inconcluso, a la eterna y enfermiza juventud? ¿O será que así nos parece porque no hemos logrado descubrir el hilo conductor de una evolución, dramática y hasta dolorosa, pero evolución al fin? ¿No será que nuestra historia —y lo mismo podría decirse para cualquier otra nación— expresa nuestra manera particular de avanzar, de progresar? Debe ser así porque, hasta donde sabemos, no puede hablarse de historias «correctas» o «incorrectas» de los pueblos, a menos que alguien, en una borrachera idealista, proclame que se puede colocar por encima y más allá de la historia para juzgarla y sentenciarla de acuerdo con determinado modelo.

La materia de este libro es como nuestro cuerpo espiritual. Estamos tan inmersos en él que no seríamos capaces de tomar distancia suficiente para definir coordenadas, constantes, variaciones, luces y misterios de nuestro ser. Ésa será parte de la lectura que harán sus actuales y sus futuros testigos. Nos hemos limitado aquí a concebirlo, a sentir el pensamiento de quienes, a lo largo de siglos, han convertido ese cuerpo en imágenes y conceptos. Y ése es el hallazgo de ideas, asociaciones, opiniones, actitudes, que entregamos.

Como repitiendo la metamorfosis del petroglifo en hecho textual, el lector encontrará un ambicioso y sorprendente espectro expresivo: tanto la piedra misma y la traducción del canto indígena —para comenzar— como la crónica y sus imitaciones,

el documento «realista» o testimonial, el reflejo de mitos y fantasías, los documentos personales o políticos, el mensaje religioso y evangelizador, las alusiones de piratas y corsarios, la poesía renacentista y su prolongación hasta nuestros días, la arenga épica, lo aforístico, el estudio crítico, el ensayo libre, la narración, las pruebas del teatro, la pedagogía para niños, los planes educativos, el cuento, la novela, la crítica sobre ellos, la comprensión de la pintura, la música, el cine, las artes contemporáneas. Un largo camino del pensamiento que busca identificar y orientar nuestras ideas sobre familia, individualidad, mentalidad, sexualidad, economía, ciencias.

Notable es, sin embargo, cómo el mundo de la creación (poética, literaria, musical, artesanal, etc.) se nos acerca, en su apasionada frecuencia, con coherencia y riesgo. En el otro extremo, el eje, tan obvio y a la vez tan elusivo, del tema petrolero aparece seguido con rigor y precaución. Lo cual no deja de contrastar con cuántos temas de la vida cotidiana están abiertos a reconsideraciones, análisis, seguimientos e invenciones novedosas y discretas.

Como si de una cesta se tratase Si observamos a Venezuela como un inmenso objeto imaginario podemos vislumbrar en él la ágil forma de una cesta, elaborada con fibras, palmas, raíces finas y poderosas. Esa cesta es capaz de sostener pesadas cargas de peces, no menos fuertes frutos de cortezas duras o suaves, animales y niños. Puede, asimismo, guardar y proteger sustancias por largo tiempo, así como contener materias oleaginosas, piedras de diversos calibres, arcilla; pero deja escapar la sutileza del agua, de la arena delgada y la atraviesa el aire incesante. En su resistencia y su maleabilidad se mueven los múltiples polos de su estructura.

Este concepto imaginario equivale también a una metáfora humana, psíquica. Tan fuerte y tan moldeable. Su versatilidad corresponde a la numerosa integración sanguínea que le dio origen (antes y después de Colón; con las variantes contemporáneas); al cruce de lenguas antiguas y contemporáneas que subyacen en nuestro español; al sincretismo de mitos y religiones; a la adaptación de tecnologías físicas y virtuales; a su inserción en un universo de tradiciones y colores locales, permeados por los vectores más áridos del mundo globalizado.

Y al girar en nuestra imaginación, tal cesta produce impresiones asimétricas, porque sus lados pueden o aparecer terminados o haciéndose, rehaciéndose. Ya hemos aludido a las profundas interrupciones causadas por los procesos de conquista e independencia. Podemos agregar la huella que en nuestra historia han dejado los sufrimientos colectivos: el dolor del indio, el negro y el español, todos de una u otra manera desarraigados de su origen; el dolor causado por largas guerras, el de quienes sufrieron la

cárcel o el exilio por razones políticas, el de quienes han padecido la pobreza porque no estuvieron ubicados en el lugar adecuado y el momento preciso cuando llegaron las oportunidades sólo para unos cuantos.

Pero a pesar de todo lo que podemos señalar como frustrante, incompleto o inacabado, el inestable proceso de civilización, de unificación, no ha dejado de ser tejido. Religión, leyes, transformaciones cotidianas construyen en cinco siglos la presencia de un estilo: lo firme y lo efímero, lo que busca ser ancestral, definitorio y la invasiva novedad. Un objeto social que parece sólido, bien dirigido y que de repente gira al compás de accidentes naturales, políticos, económicos: se estremece, se encoge o crece, da tumbos y elige un nuevo rumbo, nunca calculado, orientado por la razón y lo práctico sino por el azar, el capricho, la ceguera. Lo cual no quiere decir que algunos de sus habitantes no hayan pensado, planificado, previsto estrategias y elementos concretos para su orientación, sino que, por ello mismo, el impulso de interrupción, de novedad, de cambio y juventud deshace lo logrado en vías de alcanzar hipotéticos bienes.

La familia indígena diezmada, la negra desmembrada, el abuso sexual de los españoles proliferando lasciva e irresponsablemente, conservan algo de sus líneas originales en el desarrollo posterior del núcleo primordial. Que, en los últimos siglos, tendrá como factores nuevos las guerras del XIX y la acelerada, caótica modernización producida por el petróleo, las ciudades inhumanas.

El padre traslaticio, inseguro, irresponsable, del germen básico se convertirá en la sombra política de esperanza, unificación, insensatez momentánea que tanto parece haber impactado nuestra política. Y ésta pasa a ser el vacío en el tejido de la cesta girante: pasa por ella como un impulso de gran fuerza instantánea pero no conduce a logros prolongados, estables, benéficos. Es una pirotecnia de luz confusa.

Una búsqueda apasionada En esa confusión se ubica una búsqueda —frustrada, hasta ahora— de respuestas a interrogantes. Una pregunta nos acosa desde los tiempos de la Independencia: ¿cómo construir efectivamente una República? Dos preguntas son más recientes: ¿qué hacemos con la riqueza petrolera? ¿Qué hacer por los vastos sectores menos favorecidos por el dinero, el poder o las elusivas oportunidades? Unas cuantas personas, de cuya inteligencia, preparación y honestidad intelectual no podemos dudar, se incorporaron en distintos momentos a la indagación en estas materias.

El siglo XX y lo que va del XXI han sido particularmente prolíficos en análisis, interpretaciones y propuestas. Sin embargo, todavía estamos lejos de haber encontrado

un camino, una perspectiva general compartida, que satisfaga a gran parte de los venezolanos, como manera de ver las cosas y de entender qué rumbo debemos seguir para mejorarlas.

Desde la Independencia un asunto ha sido revisado, analizado, diseccionado con pasión y hasta dolor: el forjamiento de una república efectiva, integrada por un gran pacto social, que rija la manera de organizarnos para gobernarnos, para escoger nuestros gobernantes y evaluarlos, para hacer justicia y utilizar los recursos disponibles a favor de la nación toda. Las ideas que de república hemos tenido las hemos plasmado en constituciones y leyes. En eso no hemos fallado. Lo que nos ha frustrado ha sido tratar de convertir los principios, los valores y las normas en prácticas concretas, en modos o hábitos de conducta que tiendan a seguirse de forma casi automática. Esa frustración nos ha angustiado y hasta desesperado. Con frecuencia olvidamos que no es tarea sencilla, que no toma sólo algunos años o escasas décadas, hacer de una república algo que se expresa en lo cotidiano. A pesar de todo, pareciera existir una convergencia: la idea de democracia se ha convertido en el núcleo central de la noción de república.

Tan radicales han sido las diferencias en apreciaciones que a ratos pareciéramos estar hablando de asuntos diferentes. El petróleo, por ejemplo, ha sido visto como maldición, como riqueza indebida por ser producto del azar geológico, como si un relámpago puritano nos controlara el juicio. Se ha expresado que el petróleo nos corrompió —el «excremento del diablo»—, como si antes de hallarlo hubiésemos sido un colectivo donde reinaban las virtudes individuales y colectivas. Pero también se ha expresado que ese aceite constituye una oportunidad única que hay que aprovechar con prudencia y audacia. Con prudencia para evitar el despilfarro; con audacia para alcanzar estadios superiores del desarrollo económico y social. En los años treinta, Arturo Uslar Pietri lanzó su «hay que sembrar el petróleo», frase inicialmente pensada para lo agrícola, que pronto cobra la fuerza de una gran metáfora que dejó su impronta en la conversación pública y privada de los venezolanos. Todavía en estos días no es raro que cuando los venezolanos hablan del tema petrolero —formal o informalmente, en grandes discursos o en conversaciones de amigos, en la prensa o en textos especializados— surja la admonitoria frase para que alrededor de ella se teja un entreverado de argumentos técnicos y juicios éticos, con frecuencia cargados de ideología:

—No hemos sembrado el petróleo.

—Sí lo sembramos.

—Lo que hemos hecho es extraerlo, venderlo, pero hemos malgastado una enorme riqueza.

—Sí lo aprovechamos, allí está a la vista una estructura física moderna, una inmensa cantidad de escuelas, liceos y universidades, numerosos hospitales.

—Pero la población pobre es muy grande. No hemos logrado desarrollar una economía sólida.

—Los venezolanos lo echamos a perder todo. Hicimos lo que se podía hacer.

La discusión no es en absoluto banal. Se trata de algo más de 580.000 millones de dólares —dólares de 1997— que el país captó entre 1925 y 2008, a cuenta de su mera condición de propietario de un territorio en cuyo subsuelo el azar puso tan vasta riqueza. Y todavía discutimos si la riqueza proveniente del petróleo es del Estado o de todos los venezolanos. Hay quienes dicen que la discusión es tonta porque el Estado representa a toda la sociedad venezolana. Otros argumentan que perdimos una oportunidad única para fortalecer la sociedad civil, sus instituciones, sus empresas creadoras de riqueza. Así de intensa ha sido la discusión. Y está lejos de zanjarse tan complicado asunto. Por eso llama la atención que más de una vez se haya propuesto sacar el petróleo de la discusión política. Tal propuesta sólo es comprensible como expresión de angustia ante un asunto en el cual muchos venezolanos sienten que nos jugamos el destino de la nación. Para bien del país esa propuesta nunca ha prosperado, porque de las cosas importantes hay que hablar. Y hemos hablado.

Desde hace largo tiempo nos acosa el asunto de una vasta población —la magnitud variará según quien haga el cálculo— de escasos ingresos y muy limitadas oportunidades. Esa población ha sido calificada de «pobres», «marginales», «excluidos», dependiendo de las concepciones en boga en relación con el elusivo tema del crecimiento o el desarrollo. Más allá de cualquier posición analítica o política, lo indiscutible es que el tema ha preocupado y ha perturbado no sólo la reflexión de especialistas y políticos, sino de prácticamente cualquiera que articule algunas frases para hablar de lo que el país ha sido, es o podrá ser.

No es de extrañar que la conversación sobre la pobreza se ubique en un enrevesado cosmos de nociones técnicas, cifras, algoritmos, sentimientos, emociones, prejuicios, intereses, ideologías, en el cual con frecuencia es prácticamente imposible discernir razones y pasiones. Sea cual fuere la ubicación del lector, es evidente que esa conversación ha sido útil precisamente porque ha servido para hacer más explícitas las posiciones sobre asuntos fundamentales de toda nación, como, por ejemplo, la

relación entre estratos sociales diferentes, la distribución de la riqueza y la participación política.

Cualquiera de esos temas genera una encendida polémica. No es para menos. Al hablar de pobreza, ¿cómo soslayar el tema del acceso desigual a bienes y servicios por haber nacido en determinado lugar, en determinada época, en un tipo de familia, o por haber asistido a un tipo de escuela y no a otro? ¿Cómo evadir que quienes, por una u otra razón, son poderosos tratan de imponer sus soluciones a los problemas de un amplio sector de la población, en nombre de una verdad técnica o política —de derecha o de izquierda, liberal o conservadora— que sólo representa un punto de vista parcial y sesgado de lo que es y debe ser la sociedad? Estas preguntas se enlazan con otras que se desgranán a lo largo de los textos que conforman esta obra. Nunca esas interrogantes tienen respuestas definitivas, pero sí aproximaciones que no pueden ser dejadas a un lado.

Al trabajar para construir un país más rico, más justo, más republicano, más democrático, pensamiento y trabajo se le ha dedicado a lo que muchos consideran factor clave, condición necesaria: la educación. Lo que hemos pensado y hecho en educación ha tenido momentos felices e inocultables desaciertos, pero no podemos desconocer el esfuerzo.

Tal vez lo más decepcionante ha sido la limitada capacidad para aprender de nuestra propia experiencia. Unas cuantas veces hemos reiterado en el error. Con todo, la educación en todas sus facetas ha terminado por ser el maderamen, las tiras responsables de la forma toda: sin ella la cesta se soltaría. Y esto ha tenido su poder tanto en el dominio de la escuela elemental (tan fallida) como en la formación profesional. De allí que, modulada por reglas básicas, la inmensa y salvaje sensibilidad de la población haya terminado por encauzarse hacia los predios abstractos de la inteligencia. Lo que no poseen los políticos sobra en sectores creadores. Esto explicaría, al menos en parte, la alta energía, el admirable nivel expuesto por la creatividad de la población tanto en los ámbitos populares como en exigentes productos de la música, la pintura, la literatura, el trabajo científico y técnico.

Contrarios que no se encuentran ¿Cuánto de lo antes señalado, con todas sus implicaciones, conscientes de ellas o no, nos da los contornos de lo venezolano, de la *venezolanidad*? No hay duda de que somos un «pequeño género humano», tanto por la localización geográfica que nos correspondió como por la mixtura de los factores biológicos y psicológicos antes aludidos; y por la lenta combustión de siglos que ha ido forjando y transfigurando eso. Y tal vez en la múltiple escisión ya explicada resida una consecuencia mayor: la dinámica de

lo opuesto, la marca excesiva de las diferencias, sobre todo cuando por paradoja no sólo se producen en el cuerpo social sino dentro del individuo mismo. Nada extraño en la *otredad* del humano, aduciría alguien. Sólo que aquí adquiere perspectivas inusitadas.

De las oposiciones originales surgirá una amalgama humana homogénea en lo físico, pero ante leyes, factores culturales (alimenticios, políticos, religiosos, lingüísticos, rítmicos) un tono disidente parece arrastrarnos. Durante siglos el criollo rivalizará con el blanco español; no menos fuerte será la distancia entre los diversos grados de color de la piel criolla. Cuando la oportunidad independentista determina que esto aflore, una guerra fatal permite la irrupción de los opuestos y su mejor prueba es la muerte de la población, la sangre vertida entre hermanos. En el siglo XX esto parecerá aplacarse, para resurgir, siempre a punto de estallar con enfermiza violencia, en el XXI.

Tal condición contradictoria que consume a las masas (iletradas o no) ilumina un fenómeno aún más particular y perverso: entre nosotros los hombres formados por el estudio y la disciplina, aquellos destinados a buscar, producir y aplicar *verdades* son avasallados por el líder carismático, el político ignorante y vivo. El alma criolla desconfía del hombre intelectualmente superior y probo. Y nuestro estilo vital acoge con beneplácito la dualidad, la frivolidad, el humor fácil, la aparente felicidad.

En los últimos doscientos años la historia local ha enfatizado al guerrero, al improvisado, colocándole la máscara del héroe. Las masas han seguido ese dictamen y lo acatan. El hombre de paz, previsor, responsable ante sí y el colectivo, es apartado de manera incesante, aunque se le rindan honores. Así, el estilo de la venezolanidad bascula entre la exaltación ingenua, el bienestar rápido, el éxito momentáneo (sobre todo económico y social) mientras lo relativo al hogar, la salud, la formación espiritual vacile en contradicciones.

La metáfora de la cesta —como una copia de la tierra en el espacio sideral o una fruta ante la luz— acogería esta visión de extremos, con sus matices y claroscuros. Cabemos dentro de ella, socialmente unidos, pero con enérgicas actitudes contrarias. Así podemos afirmar que a los polos políticos e insensatos hay que añadir la multitud generosa, inocente y honrada, también acompañada por líderes humanamente impecables; y la capacidad de disimulo, reconciliación que anida en el alma de criminales, depredadores, corruptos. Lo curioso es la inestabilidad que circula entre un polo y otro. ¿De allí nuestra risa fácil, el humor que se abre como exclusas, la desconfianza hacia lo recto y superior?

Dentro de nuestras verdades hay que destacar la sensibilidad oral, que explica algo de lo anterior; pero que también ofrece una de nuestras continuidades: la expresión

escrita, desde las inscripciones de los glifos hasta las oraciones populares a los santos y espíritus; las tradiciones milenarias de cantos y mitos; la obsesiva necesidad escrituraria en religiosos, soldados, aventureros que desemboca en el teatro, los himnos, la poesía, la narración, el periodismo ya hacia el siglo XIX.

Paralelamente, y en los orígenes, como se indicó al comienzo, la agudeza visual, aplicada al comienzo como guía material y mental en nuestros ríos, bosques y montañas. La sutileza para la concepción de la artesanía, los utensilios, las vasijas fúnebres; que eleva a los instrumentos desde su simple función a sugestivas proposiciones formales y cromáticas. O a las alturas del arte óptico. Y en no menor grado, nuestra tercera fuerza creadora: la del ritmo oral, tribal y religioso, que con la simbiosis africana y española desembocará en nuestro sólido, variado, cada vez más rico espectro musical.

Tales áreas se ven complementadas y fortalecidas por los temas que desde siempre o desde el siglo XIX inquietan al pensador venezolano: sus creencias, su fe, la legalidad, lo político, la producción económica, la sociedad toda. Pero sin duda la reflexión sobre esos tópicos es nueva, indecisa, abierta. Así lo comprobamos con la cantidad de materiales recogidos por los investigadores de esta obra.

En síntesis, la amplia gama de percepciones que aquí desplegamos es a la vez una invitación y una evidencia: éstas son las líneas estructurales más coherentes de nuestro país, de nuestra cesta imaginaria.

La fe que redobla el esfuerzo [Imposible. Imposible hubiese sido tejer la inmensa cesta que contiene el país a punta de existir meramente como conglomerado humano que subsiste como puede. Sin sueños, sin capacidad para imaginar una existencia mejor para el colectivo y sin alguna convicción de que lo imaginado puede hacerse realidad habría sido impensable ver tanto trabajo para transformar la realidad que es, o parece que es en la que se quiere que sea. Por decir lo menos, tantas cosas dichas y escritas como las que testimonia este libro jamás las hubiésemos visto. Y ahí están.

La cesta ha sido tejida a base de la convicción de lo posible, inseparable de la emoción positiva de que vale la pena hacerlo, de que vale la pena hacerlo porque alguna pasión nos vincula al territorio y la gente que en ella vive. Hasta en los más fríos análisis podemos descubrir motivaciones positivas que sirvan de acicate al esfuerzo.]

No ha sido fácil. Unas cuantas veces en nuestra historia hemos sido presas de la duda. Unos cuantos episodios han desmoronado la esperanza. Unas cuantas veces muchos han creído que vivimos una tragedia que condena al país a un final trágico como si en algún lugar existiese un libro de historia que poco a poco nos descubre que jamás

ALVA SUMA DEL PENSAR

tendremos un futuro mejor. Hemos llegado a apreciar como dudosos nuestros éxitos. La frustración nos ha llevado a creer que en nuestro pueblo —como si se tratara de un ADN colectivo— hay algo negativo. El venezolano, así en genérico, ha llegado a ser considerado como el responsable de nuestras menguas. Incluso hay quien ha llegado a señalar la triple influencia del indio, del negro y del mismo español como culpable de nuestras frustraciones como sociedad. Por fortuna, muchos han visto en nuestro mestizaje una de nuestras fortalezas.

¿Unas cuantas veces en nuestra historia nos hemos dejado arrastrar por la duda? Sí. Es por demás elocuente, que desde el inicio de nuestro movimiento de independencia, parte de nuestras élites no confiaban en nuestras virtudes como colectivo para actuar con responsabilidad. Entre el 19 de abril de 1810 y el 5 de julio de 1811, en ese breve lapso en el que decidimos dejar de ser capitanía general del imperio español, se enfrentaron apasionadamente quienes estaban convencidos de la conveniencia de ser país independiente y quienes consideraban que era equivocado dar tan audaz paso. En aquellos días se discutía si los habitantes de la capitanía general tenían madurez para tomar las riendas de su destino. Muchos creían que carecíamos de tal madurez. Triunfó la tesis independentista, pero con ese triunfo no desapareció la discusión sobre la madurez de nosotros los venezolanos. Todavía hoy muchos parecen dudar de sí, como colectivo, somos capaces de tomar decisiones políticas con sensatez, sin comportarnos como niños que, por ignorancia, se causan daño a sí mismos. Es más, a los ojos de unos cuantos integrantes de nuestras élites, lo que ha pasado desde aquel 19 de abril no ha sido más que una acumulación de errores y disparates que confirman los peores temores de quienes de buena fe preferían que siguiéramos siendo capitanía general de Venezuela.

Esa desconfianza no se refiere sólo a nuestra incapacidad para actuar sensatamente en asuntos políticos. Alude también a una pobre capacidad para pensar, para crear, para ser buenos profesionales, para encontrarles soluciones a nuestros problemas. Por esa supuesta incapacidad, muchos creen que para comprender lo que está pasando aquí o para inventar esas soluciones hay que mirar hacia fuera, hacia cualquier lugar pero no hacia este lamentable país.

Tal actitud de desconfianza en nosotros mismos pareciera expresar una mentalidad que podríamos llamar de «capitanía general», por reflejar una pobre autoestima que lleva a anticipar el fracaso de cualquier esfuerzo, según la cual con los venezolanos no podemos contar, porque no somos más que los patéticos habitantes de un otrora sortario territorio petrolero que no supimos aprovechar su cuarto de hora de riqueza.

Para tal manera de ver las cosas, logros como el de la independencia, el desarrollo de la industria petrolera, la lucha contra la malaria, la urbanización, la construcción de la infraestructura física, el prolongado crecimiento de la economía durante treinta años, la expansión del sistema educativo, la realización de importantes programas de vivienda, el proyecto de Guayana, el afianzamiento de la cultura democrática que ha resistido los más duros embates no son más que falsos logros del talismán petrolero. En esta perspectiva, es fácil que prospere la desmesurada admiración de los salvadores, de los superhombres, de los héroes aislados irrepetibles que hicieron lo que hicieron por una voluntad a toda prueba, como si no hubieran actuado con el respaldo de innumerables colaboradores criollos nacidos en este país o que vinieron de lejos y se hicieron aquí.

La mentalidad de capitania general se regodea en el «no podemos», en el «no damos para mucho», porque somos una nación de cultura equivocada, caribeña, militarista, anclada en las proezas y los héroes de la guerra de independencia.

Pero en este país hay personas y organizaciones que han actuado y actúan confiadas en que, a pesar de las más duras circunstancias, podemos llegar muy lejos.

Este libro aparece en una circunstancia particularmente compleja, controversial y retadora de nuestra historia. Como pocas veces están enfrentadas visiones optimistas y pesimistas. Estamos en medio de una amenazante conflictividad social. Tiempo de dudas y vacilaciones. Nos acosa la violencia. Tan es así que ya no nos sorprende cuando sabemos de alguien que decidió irse a vivir a otro país. Eso es duro.

Quienes optamos por quedarnos redoblamos el compromiso con nosotros mismos como nación. En esto definitivamente ayuda conocer lo que tantas personas, muchas de ellas representadas en estas páginas, han pensado y soñado sobre esta tierra y su gente, casi desde 1498.

Con lo hasta ahora tejido a puntas de glifos, palabras dichas y escritas, gestos y danza, hay un vasto y rico material para seguir fabricando la cesta imaginaria.

José Balza
Ramón Piñango